

TAKIS VARVITSIOTIS: LA CLARIDAD INEFABLE

Horacio Castillo

Nacido en 1916 en Salónica, donde reside, Takis Varvitsiotis es uno de los grandes poetas griegos de este siglo. Su obra se inicia en 1949 con Hojas de sueño, libro al que siguen Solsticio invernal (1955), El velo y la sonrisa (1963), Suite otoñal y otros poemas (1975), Ana de la ausencia (1979), Caleidoscopio (1983), Faetón (1992) y La pesca milagrosa (1993), entre otros. Es también autor de sendos ensayos sobre los poetas Yorgos Sarandaris y Federico García Lorca, y traductor de este último, de Saint- John Perse, Pablo Neruda y Alain Bosquet. Obtuvo, entre otras distinciones, el Premio Nacional de Poesía de Grecia y el de la Academia de Atenas y en 1980 el VIII Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística, éste por su poemario La pesca milagrosa publicado en castellano en 1988 en versión de Víctor Ivanovici. A excepción de este libro y algunos textos aislados difundidos en revistas es poco y nada lo que se conoce en nuestra lengua de este "poeta europeo", como lo llamó Elytis, cuya lírica entronca con el simbolismo francés y, en más de un aspecto, con Mallarmé, Valéry, Eluard e inclusive el surrealismo.

Poeta de gran interioridad, Varvitsiotis se mueve en un clima de inocencia, distinguiéndose por su extrema delicadeza y sensibilidad, su amargo y lacónico estilo y su riqueza de imágenes fugaces. Alejado de toda elocuencia o vanguardismo, esencialmente moderno, exhibe una singular unidad expresiva, una suerte de melancolía metafísica que a veces alcanza la dimensión de pathos y que se mantiene a lo largo de su densa obra. Apenas si se advierte en su evolución algún cambio de matiz, por ejemplo a partir de El velo y la sonrisa, donde se atenúa el clima dramático, sofocante, de los tiempos de la guerra, y luego tras la aparición de Ana de la ausencia que parece abrir cierta efusión neorromántica. Pero tales alternativas no afectan la impresión de unidad que caracteriza a esta obra, cada vez más firme a medida que se apagan los ecos pseudo vanguardistas o iconoclastas. Y prueba de esa unidad es el carácter recurrente de ciertos vocablos que constituyen un código perfecto, una clave secreta. En rigor toda poesía puede ser reducida a unas pocas palabras que reiteran, con mayor o menor frecuencia, significados extraños a cualquier maquinación artística y que constituyen un sello de la verdad interior, de la verdad poética. En el caso de Varvitsiotis ese código parece expresado en las siguientes palabras: espejos, ruinas, muchachas, nieve.

Todas ellas, como dijimos, son recurrentes y operan como las piezas de un puzzle que, una vez resuelto, ofrece el diseño -o por lo menos un diseño- de esta poesía. Veamos cada vocablo en particular.

1. Espejos

La palabra espejos aparece, sugestivamente, en el primer poema de su primer libro, repitiéndose hasta los últimos tramos de su obra:

Te fuiste
y los espejos se apagaron
(Pasado)

El espejo busca
Una perdida claridad
(Crepúsculo interior)

Las muchachas se besan con los espejos
(Nacimiento inefable)

La muerte es un espejo
(Nocturno)

Atravesar este espejo
Este hondo espejo
Como un abismo
(Tu figura de blanquísimo mármol)

En una primera aproximación la palabra sugiere un ámbito interior, una clausura determinada por la intemperie exterior. Las puertas están cerradas, las ventanas están cerradas. No hay esperanza. Pero esa falta de esperanza no conduce a la asfixia, a la aniquilación: el espejo reemplaza la vida, adquiere vida. Allí, en su azogada superficie, aparecen y desaparecen las palabras de los muertos, las reliquias de la infancia, la sonrisa perdida, las muchachas en flor, el pasado, los sueños. La realidad "real" desaparece y es asumida por ese espejo detrás del cual está la muerte. Más aún, ese espejo se convierte en una categoría mística donde el poeta persigue la claridad infinita, inefable: la inocencia.

2. Ruinas

La poesía de Takis Varvitsiotis es poco "griega". No hay en ella apelación al pasado histórico, al mito, al paisaje convencional. A diferencia de Seferis, que hizo de esos elementos el centro de su obra, y de Elytis, que elaboró una "metafísica solar" a partir de la luz del Egeo, Varvitsiotis prescinde de ese tipo de referencia externa. Su poesía no se propone reanimar los "huesos de los griegos", la restauración del espíritu nacional, la reivindicación de las viejas glorias. Aquí estamos ante una poesía replegada hacia el alma, interesada en las vibraciones más sutiles del mundo interior, preocupada por rescatar esa luz invisible -mezcla de bondad, de inocencia, de dolor- que hace al alma alma. Esta vocación intimista, espiritual, casi religiosa, no significa

que Varvitsiotis haya vivido al margen de su tiempo o de los problemas políticos de su patria: lo demuestran varios poemas relacionados con la instauración y caída del llamado Régimen de los Coroneles que gobernó Grecia desde 1967 a 1974. Pero precisamente esa exaltación cívica, como ciertos textos más ambiciosos de rasgos elytianos, confirman que el auténtico ámbito de esta poesía es la interioridad absoluta. Inclusive en algún poema hay referencias directas a la Grecia convencional con sus ánforas, estatuas mutiladas, cantos de sirenas, pórticos donde gime el viento, gorgonas y tritones. Estas ruinas, este "reino muerto" son, en el caso, un obvio símbolo de Grecia que el poeta, en cierto momento de su historia personal, no ha podido soslayar. Pero la palabra ruinas, reiterada a lo largo de su obra, responde a connotaciones más profundas, ligadas más a las tribulaciones del alma que a las vicisitudes de la historia:

Aún humean
Las ruinas de los días
(Ruinas)

El sol custodia
Las ruinas de la fuente
(Leyenda)

Fulgor que juguetea
Dentro de las ruinas
(Fulgor que juguetea)

Los primeros libros de Varvitsiotis fueron escritos en los años de la Segunda Guerra Mundial, la Ocupación y la guerra civil. Tales acontecimientos sellan la responsabilidad del autor, signando su poesía de un vocabulario lúgubre: cementerios, féretros, manos cortadas, muertos, luto, tumbas, ventanas cubiertas, colores enfermizos, lágrimas. Para el Varvitsiotis de esos años -y para una sensibilidad de suyo melancólica- no sólo Grecia está sembrada de ruinas sino el mundo mismo. Para colmo ese paisaje se contempla a través de una ventana o hasta de un tragaluz. Afuera el dolor, la muerte, el frío, la soledad; adentro en el cuarto o sótano asfixiante, sólo la memoria, la inocencia, el tenue resplandor de la esperanza.

Ese sentimiento de las ruinas no es el de Seferis, no es tampoco el de Hölderlin que vio en ellas la grandeza heroica y la luminosidad estética de Grecia. Aquí no se trata de las ruinas de una civilización, ni siquiera de las ruinas de una época siniestra: son ruinas de la existencia misma, de la condición humana. Restos, sin embargo, donde la vida no ha sido aniquilada, donde se salvan la luz, la pureza, la dignidad. Griego al fin, Varvitsiotis conoce el misterio de la regeneración -el viejo símil

homérico de las hojas- y también como griego canta al sol, al eterno triunfo de la vida:

Vamos a vagar sobre las piedras
A coronar las ruinas
(Alabanza de la libertad)

3. Muchachas

La palabra muchachas es de asidua mención:

Tenemos en nuestras manos
El corazón de las muchachas
(Silencio luminoso)

Más arriba las bellas muchachas
Con la cabeza cortada
Cantan a las cataratas
(Solsticio invernal, 12)

En las pupilas
De una hermosa muchacha
Que se abre las venas
(Invierno tú)

¿Qué representa esta otra palabra-clave? ¿Qué significan esas muchachas invocadas muchas veces con imágenes surrealistas? En unos casos sugieren el verano, en otros la infancia o la alegría, y también el amor y la belleza. Son visiones eternas de una juventud perdida, la única nota viva en esa atmósfera otoñal dominada por lirios, ángeles, lámparas, violetas, penumbras, lutos, violines, lluvias, hojas muertas. Surgen de la memoria, se convierten en voces, en música, en alas, mantienen vivo el corazón en medio de las ruinas, en el recinto de clausura en que se ha transformado la vida. Pero en ocasiones denotan un fuerte impulso irracional, cierta vecindad con el absurdo: las vemos en añicos, ciegas, tísicas, desvanecidas, arrodilladas, ahogadas, grises, como mariposas embalsamadas, abriéndose las venas, con la cabeza cortada cantando a las cataratas. Contenidos oníricos que, tratándose de una poesía poco propensa a la violencia, no pueden menos que responder a recónditos estallidos de la libido bajo la forma de categorías poéticas.

Y con una particularidad dramática: tales muchachas -ciegas, sin cabeza, enfermas, llenas de espanto- son imágenes tronchadas (o reprimidas) de la vida, símbolos de una felicidad sin consumación. Porque en ese ámbito cerrado, en un

mundo que se ha desmoronado, "los hombres ya no conocen la música" y la vida es "un velo sumergido en la desdicha".

4. Nieve

Esta palabra también se repite gran cantidad de veces en toda la obra de Varvitsiotis:

Y nieve
Mucha nieve
(El testimonio del espejo)

Tu hermoso nombre se cubre de nieve
(En este jardín donde habitas)

las muchachas se abandonaban entre los lirios
antes de desposarse con la nieve
(Presencia)

Algunas de estas alusiones son meramente físicas: lugares, paisajes, la ciudad llena de nieve. El resto cumple una función simbólica. La palabra aparece asociada a bodas, besos, flores, alas, cielos, amadas, pétalos, es decir la pureza, el amor, la belleza. En el fondo es un elemento devastador: todo lo más entrañable queda sepultado. Pero es, a la vez, algo diáfano, puro, sagrado. Aún más: tiene poder transformador, purifica la materia. Esta nieve mística libera las cosas de su envoltura carnal, de sus ligaduras materiales, para convertirlas en esencia, en esa "nueva luz" donde nos volveremos a encontrar.

5. Otras palabras

Las palabras analizadas no son las únicas que se repiten en la obra de Varvitsiotis. Hay otras a las que el poeta recurre con frecuencia: sueño, silencio, niebla, carbón, ángel. Esta última, de raigambre literaria, remite a la simbología tradicional -la inocencia- y su función es retórica. También las palabras sueño o silencio alcanzan nivel simbólico común, contribuyendo a decorar esta poesía depurada, melodiosa, tocada por el misterio. Un poco más obsesivo -menos literario- resulta en cambio el vocablo niebla, que alude a una presencia espectral, amenazante "más allá de los postigos". En cuanto a carbón, elemento que Varvitsiotis identifica con el fuego, con el sol con lo puro, remite a la infancia, a la segura intimidad familiar y la penuria de los tiempos de guerra.

Podría extenderse el análisis a otros vocablos -lirios, lámparas, cementerios, mueritos- pero se trata de alusiones que no alcanzan la transmutación unificante de

los cuatro términos estudiados: espejos, ruinas, muchachas, nieve. Si unimos estas cuatro piezas tendremos la clave misma de la poesía de Varvitsiotis, el sentido último de su lirismo. Sentido que tiene, como centro de gravedad, la salvación de la inocencia, la pureza, la humildad que nos haga dignos de saludar al pan, de dormir junto a los ángeles sintiendo que "su ala nos toca". El mundo real se ha esfumado: sólo quedan, adentro, los espejos, y en los jardines, en las calles, los muertos y las ruinas. Esos espejos, tenuemente iluminados por el resplandor de las brasas, mantienen viva la memoria, la identidad, los sueños, la esperanza. Hay que mirar "más arriba", dice el poeta, "hacia las veletas", hacia las tumbas de las palomas, allí donde brilla la luz por la que padecemos cada mañana. Esa luz que no sabemos si existe pero que seguimos buscando mientras la nieve nos cubre y purifica. Es ese "mirar hacia arriba", hacia "el corazón de la Rosa única", lo que nos hace sostener, junto con los ángeles, el mundo.

SOLSTICIO INVERNAL

1

Sobre la piedra
Una mejilla arrugada
Que se evapora

Un ojo que suplica
Lleno de polvo
Lleno de sueños

En el jardín que se hunde
Hacia otras estaciones
El árbol se despoja
De su luto invernal

Más allá del recuerdo
El sueño helado

Las lejanas cabañas
Ahumando pequeñas luces

La muerte viene
Regala su máscara

De pálido sudor
Se forma el silencio

2

El carbón se acumula suspirando
El carbón se hunde en la tierra
Destruye todos los techos

En el viento
Vidrios hechos triza

Esperaba la estrella
Que tiene todas las ramas verdes

Y quedé solo
Con la brújula de la tristeza
En el corazón

En el corazón

**Mis ojos se inundaron
De miedo
De sospechosas sombras**

**Ahora camino ai azar
Esperando encontrarla otra vez
En el sótano de secretos tragaluces**

3

**La terrible angustia de mi mano
Aparta visiones**

**En las calles desiertas
Que brillan por la lluvia
Los muertos se pusieron de pie
Permanecen inmóviles
No hablan**

**Una sábana blanca
Se esfuerza por cubrirme**

**El crepúsculo penetra
En mis venas**

**Una mano desarticulada
Clausura los ojos del día**

4

**Colores enfermos
Se levantaron de sus lechos
Y vagan rociando
Todas las casas con cloroformo**

**Las luces moribundas
Disfrazadas
Acompañan la convalecencia de la lluvia
Consuelan a la nueva muchacha ciega**

Lágrima casta que yace
En mi memoria para siempre

5

La llama sube sube
La llama desespera

Flores rojas
Ojos resplandecientes
Viajan en la noche

9

Los sueños cuelgan de un hilo
De sus propios vapores el desnudo paisaje

Se quiebran las líneas más sensibles

Enemigos vigilan los cuerpos
Cruces cierran los campos

Y sólo tú esperanza
Tienes abiertas las puertas de par en par

Una mirada tuya hace nacer jinetes

Brillas como una fiesta

Y en la hierba de tu voz
Habitan pájaros

Tierra donde se guardan pasos perdidos
Sangre y llamas

Cripta donde arden alas
Silenciosas camelias

Suave hierba que crece
En durísimas bocas

Remolinos que presagian
Una claridad distinta